

DE TOPONIMIA RIOJANA¹

ANTONIO TOVAR

RESUMEN

Recogemos aquí el texto todavía sin la aprobación final del autor para su publicación, que en 1984 compusiera el maestro Antonio Tovar para el libro de *La toponimia actual de La Rioja*, y que la muerte del ilustre académico impidió publicar en aquél momento. Lo hacemos como homenaje a la memoria de un sabio que fue grande.

ABSTRACT

We record here the text, still without the author's definitive permission for publication, that the master Antonio Tovar penned in 1984 for the book *La toponimia actual de La Rioja*, whose publication was precluded by the passing of the renowned academician. We do this as a homage to a wise man that was a great scientific man.

El Prof. Antonino González Blanco ha realizado con la ayuda de su esposa, una tarea realmente abrumadora: la recolección de la toponimia completa, la llamada “menor”, de términos que sirven para localizar las fincas rústicas, en la provincia de La Rioja.

Ocho años, nos dice, ha dedicado a la empresa, y ha utilizado las fuentes escritas y oficiales del catastro, después de haber intentado primero basarse en los conocedores orales de cada localidad.

El plan de la obra es presentar alfabéticamente, y juntos, todos los topónimos, incluso las calles de los poblados de dicha provincia, y ello absorbe tres tomos con un total de 1555 páginas: sigue un cuarto tomo de 495 páginas, en el que los topónimos se agrupan alfabéticamente dentro de su municipio. Así se puede examinar de una vez el carácter de la toponimia de cada entidad municipal, y a la vez se tienen juntos los topónimos que se repiten en los diferentes municipios.

1 Esta colaboración del reconocido maestro Tovar en este Homenaje a E. Martino por sus aportaciones toponímicas, ha sido una decisión del editor que tenía este documento inédito de Antonio Tovar, compuesto en 1984, a petición de Antonino González Blanco para prologar el *Diccionario de la toponimia actual de La Rioja*, Murcia, Universidad de Murcia e Instituto de Estudios Riojanos, 1987. Por razones fuera de nuestra voluntad no se publicó en aquella coyuntura dado el fallecimiento del querido maestro y por tal motivo la falta de tiempo para haberlo revisado, cosa que él quería. Lo hemos conservado como un tesoro y lo publicamos ahora también en homenaje a este sabio amigo y maestro, que tanto trabajó en la historia de la España Antigua especialmente en sus *Iberische Landeskunde. Zweiter Teil. Die Völker und die Städte des antiken Hispanien* (continuación del *Iberische Landeskunde* de Adolf Schulten), 3 vols.: Bética (1974), Lusitania (1976), Tarraconense (1989, póstuma).

Oportunas notas en cada municipio nos advierten no sólo de cómo se han coleccionado, sino de las dudas que le quedan al autor sobre identificaciones, formas, etc.

Ha trabajado mediante encuesta directa, recorriendo pueblo por pueblo, y buscando en lo posible, incluso en obras históricas y diplomáticas, en los documentos medievales. A veces estas formas antiguas, con sus grafías, vienen en ayuda del toponimista para la etimología. Para mayor comodidad del estudioso, los topónimos se repiten en sus componentes: y por ejemplo en el registro alfabético aparece *Valdelobos*, y también *-lobos*, *Valde-*. El autor, dueño de los horizontes de la toponimia actual, anuncia que trabaja en un diccionario de la misma provincia según el catastro del Marqués de la Ensenada.

Los profanos en toponimia menor nos quedamos sorprendidos al saber de su inestabilidad. Comparando la toponimia recogida en la tradición oral con la registrada oficialmente en el catastro de riqueza rústica, vemos, con ejemplos que vamos a recoger al azar, que puede ocurrir por ejemplo, que en **Calahorra** reúna nuestro autor 694 topónimos (que “no corresponden a la realidad histórica de ningún momento concreto”), pues proceden 126 del catastro, 293 de la tradición oral (coincidentes ambas tradiciones en 80 de estos topónimos), Y el resto es de obras históricas con documentos antiguos; en otro pueblo tenemos 460 topónimos, de los que hay 307 en el catastro de riqueza rústica, y otros tanto en la tradición oral, con sólo 154 comunes a ambos (**Poyales** IV, 312), y finalmente en otro, de 407, son 33 del catastro, y 397 de la tradición oral, con sólo 24 comunes a ambas fuentes (**Ventosa**, IV, 440)...

El caso primero de los tres aquí considerados es distinto de los otros dos, porque se trata de una antigua sede episcopal con colecciones documentales publicadas. Pero en ese ejemplo tenemos a la vista la inestabilidad de la toponimia menor, sujeta, salvo en casos excepcionales, a una continua renovación. Al lado de ejemplos de conservación desde la Edad Media, tenemos el de la continua pérdida de topónimos no recogidos en documentos: 1000 puede nuestro autor recoger en Ezcaray, de ellos 328 del catastro y 306 de la tradición oral, con 69 comunes, y el resto, 435 topónimos no atestiguados ya los recogió de los trabajos de J. B. Merino Urrutia sobre los restos del vasconce en la Rioja.

El lector piensa, a la vista de estos resultados, que la toponimia menor, no obstante su carácter de nombres propios, pertenece a la lengua hablada, cambiante e inestable como ella misma, y por ser eso difícil de recoger, o desaparecida irremediamente. Por lo mismo al faltarnos generalmente las formas antiguas, la interpretación es muchas veces problemática.

En una provincia como La Rioja, donde quizá el vasco es inmemorial, aunque más probablemente se daba a repoblaciones medievales, los elementos vascos, más o menos desfigurados, son numerosos en ciertas regiones. Algunas veces son muy claros. Así *Azcárraga* en **Fuenmayor**, *Azcorri* (de aitz, como también en Álava) en **Galbárruli**, frente a *Aizpuru* en **Brieva**, y el nombre de *Galbárruli* mismo, con su primer elemento vasco-románico y un *uli* conservado, en vez de *-uri*. A veces el nombre vasco es fácil de descubrir: *Monzabala*, con el primer elemento románico reducido, *Rizabala* (con un primer elemento *arri-*), *Vizabala* (que comienza posiblemente con *obi-*). Otras veces no es tan transparente: *La Reca* y *Las Recas*, en **Ezcaray** (IV, 163), pueden encubrir *arreka*, ‘arroyo’; y más difíciles son *Ariondo* o *Azauri* (en **Ochánduri**). Nombres de aldea derivados de un personal vasco, como es frecuente en todos los nombres castellanos y leoneses en todas las zonas de repoblación). *Arzicolata*, en **Ojacastró**, no dado por Merino Urrutia, el especialista en la región, podría representar una formación vasco-románica con su *-t-* conservada.

De cómo puede alterarse el vasco tenemos ejemplos en la evolución actual de

Calzabelza ‘Calza negra? A un incomprensible doblete Calzaberzas (IV, 156), y un ocurso *Cihuri* queda claro con la forma antigua (del año 947) *Zufuri* ‘Villa del Puente’, pero hay también otra transfiguración con falsa etimología: *Sotihuri* (IV, 128).

En un punto de importancia ortográfica nos atrevemos a disentir del autor, y es en la mayúscula del artículo en nombres propios en posición no inicial. Quizá se ha extendido esto de la costumbre inglesa de escribir “to La “Havana”, desconociendo que esto es lo mismo que cuando escribimos en español “dice The Times”. Pero nos resulta extraño leer en esta obra *Abejería El Mozo, Las Riscas de La Abejera, Agua, Valle, El, San Millán de La Cogolla*. Lo tradicional en nuestra ortografía es la minúscula en el artículo, salvo que comience inciso; nuestro autor reconoce este uso en la normal contracción del artículo del, y así escribe *Fuente o Pozo del Acebo*.

Más remoto que el vasco está en la toponimia el celta. Al menos en un caso, aunque no de toponimia menor se puede descubrir: *Estollo*, cerca de **Nájera**, corresponde, como señaló en 1963 (*Études celtiques* X, 361s), a un étnico *Esttledunensis*, de una lápida romana andaluza, y al nombre del río Esla, amén de las aldea Estoa y Estoja, en Galicia; este topónimo significa ‘cascada’. Corominas (*Nueva Revista de Filología Hispánica* XV, 45s) escribió por el mismo tiempo un artículo sobre la etimología del Esla, exactamente con la misma interpretación

Al cabo de la experiencia interesante de asomarnos a la toponimia menor, y en una región caracterizada, como la Rioja, por tener en parte un sustrato que aún es lengua viva, el vasco, me pregunto si se puede llegar con este material movedizo a capas profundas. De todas maneras, para el interesado en la toponimia (con sus objetivos tradicionales), pero aún más para el dialectólogo y el lexicógrafo un trabajo como éste ofrece materiales de riqueza inesperada.

Madrid, marzo de 1984.

A. Tovar